

A un poeta... y a muchos

De cuando en cuando cogemos un libro de versos y lo dejamos al cabo de algunos momentos. Lo hemos cogido con simpatía y lo dejamos con pesar. Desde hace cuatro lustros se vienen publicando libros en que el lector no sabe lo que se dice, ni lo sabe probablemente el autor tampoco.

AZORIN

Desde que el siglo nos entró por casa,
que llevo sin descanso noche y día
comiendo el pan que tu cerebro amasa,
y no lo he digerido todavía.
Aunque en cogerte corro y me desvivo,
por Dios, que no te atrapo;
esto es igual que el cazador furtivo
en carrera veloz tras el gazapo.
Yo no quiero dudar, siempre que leo
y masco y desmenuzo y paladeo
el fruto tenebroso de tu mente,
que algo querrás decir, seguramente,
y acaso lo dirás, mas no lo veo.
No pensaré que vayas
a escribir al tuntún, palabras huera
en esa munición con que ametrallas;
algo no dices que decir debieras;
mas ¿cómo lo he de ver si te lo callas?
Siempre al catar, el mismo resultado:
oscuridad, incomprensión, misterio;
mas nada digno ni formal ni serio
ni lógico ni justo ni inspirado.
Y estoy ya, te lo juro, tan rendido
de tanto releerte,
que vivo plenamente convencido
de que me he de morir sin entenderte.
Y mirando tus turbios garabatos,
mezcla informe de sílex y cemento
que me regalan tan sabrosos ratos,
no dudo ni un momento
que pronto rimarán, hasta los gatos.

¡Oh, divina Poesía,
oro y luz de las épocas pasadas!
¡Quién dijera que un día
el mundo consternado te vería
fundida en acertijos y charadas!
Cuando el caso medito,
sospecho si es tu numen insondable
el límite de alguna variable
que iremos a pescar al infinito.
Algunas veces mi razón estima,
(y no quiero pecar de mal pensado),
si es ello ausencia de materia prima
digna de figurar en el mercado.
Otras, juzgo con gran desasosiego,
al no ver lo que dices, y no dices,
si seré, por desgracia, un pobre ciego
que no ve más allá de sus narices.
Es cuestión terminante
que al no entenderse dos, debidamente,
o el uno no se explica claramente
o el otro es un grandísimo ignorante.
Y yo, por más que me desvelo y sudo,
ni disfruto leyéndote ni aprendo;
confieso mi ignorancia, no te entiendo;
tu talento ha de ser morrocotudo.
Mas en esta enojosa discrepancia,
voy a dar mi opinión para que veas
que, pese a mi crasísima ignorancia,
casi adivino el pie de que cojeas.
Hay quien entiende, de tontuna herido,
creyéndose de luces un portento,
que es signo de grandísimo talento
el ser por los demás incomprendido.
Acontece, que un hombre ya famoso,
por obra y gracia de su musa inquieta,
nos habla en cierto estilo misterioso
que el mundo no comprende, aunque respeta.
¡Y ya está aquí! Tú, es claro, fascinado
con el raro enigmático lirismo,
deduces el siguiente resultado:

—Si es lícito escribir enrevesado,
yo soy un ruiseñor desde ahora mismo.—
Y a la zaga del águila gigante
has pretendido remontarte al cielo
con tan enteco y desdichado vuelo,
que vives en ridículo constante.
¡Oh! Esos genios de Dios que al mundo vienen
pletóricos de luz y de grandeza,
con la cabeza colosal que tienen
trastornan a cualquiera la cabeza.
Y hay que tener el natural recelo
con rapaces de tal envergadura;
pues como vuelan bien, desde su altura
se divierten tomándonos el pelo.
Baja, pues, el disfraz con que te vienes.
Al genio se le imita con el genio;
y el genio es arte, claridad, ingenio,
precisamente, lo que tú no tienes.
En empresas tan arduas y tan graves,
¡cuidado con las testas luminosas!
Cuando los genios desarrollan cosas,
las dicen muy bien dichas; tú lo sabes.
Procura, sí, tener para el coloso
la admiración que su labor suscita;
mas quererle imitar es peligroso
si el genio no acompaña al que le imita.
Los Góngoras que brillan en la Historia,
al iniciar su gesta soberana,
primero se hacen dignos de la gloria,
y hablan después como les da la gana.
Y así harás tú, si de subir sediento,
quieres volar por líricas esferas;
primero nos demuestras tu talento,
y luego te oscureces cuanto quieras.
Da tonos menos lóbregos y adustos
a esos versos perversos que te haces,
y deja a Mallarmé y a sus secuaces
que disfruten el sueño de los justos.
Endereza tu senda
sin salirte del plano donde vives;

da belleza y fulgor a lo que escribes
 para que el mundo aprenda, y te comprenda.
 El quehacer literario
 en su obligada evolución constante,
 tiende, sí, a eliminar lo rutinario,
 mas no para aceptar lo extravagante.
 Siempre hallará bellezas infinitas
 el noble impulso que a rimar te lleva;
 tú di las cosas de manera nueva;
 pero las dices claras y bonitas.
 Cualquier asunto noble y elevado
 bellamente encerrado
 en un lenguaje artístico y florido,
 tal, que diga el lector emocionado:
 —hiciéralo yo igual,—y habrás cumplido.
 Puede ser que labor tan tenebrosa
 evolución la juzgue tu sapiencia;
 mas no es evolución, es... excrecencia.
 Evolución del arte es otra cosa.
 Las reglas que de Italia nos vinieron
 y dieron al rimar un nuevo modo,
 (vaya de ejemplo), en nada destruyeron
 la claridad, indispensable en todo.
 Es por viejo, olvidado,
 y el mundo nos lo enseña a toda hora,
 que evolución es signo de mejora;
 y lo tuyo ¿es mejor que lo pasado?
 De Galán a Berceo,
 es lógico encontrar la diferencia
 del niño en su pristino balbuceo
 y el adulto de fácil elocuencia;
 pero ¿se explican ambos? ¡Ya lo creo!
 Mas de Galán a tí, lóbrego artista,
 ¡oh! ha sido el tuyo tan soberbio avance,
 que aunque siga tu pista,
 no ha de haber un sabueso que te alcance
 ni un paciente lector que te resista.
 Y ante tu salto colosal, infiero,
 viéndote erguido en tu encrespada meta,
 que, tengas lo que tengas de poeta,

eres, sin duda, un gran titiritero.
 Y a ese extraño lirismo
 que de tamaña oscuridad blasona,
 se le puede llamar, «pintar la mona»
 o «salirse del tiesto», que es lo mismo.
 En resumen: Con tanto disparate
 y ese tu estilo nebuloso y feo,
 nunca serás Tirteo
 excitando sus tropas al combate.
 tu labor, tan estéril como vana,
 nutrida de tinieblas solamente,
 sin firme pedestal que la sustente,
 ¿qué podrá prometerse del mañana?
 Como del árbol la caduca hoja,
 ha de rodar vencida;
 pues siendo incomprendida,
 ¿habrá posteridad que la recoja?
 Horra de savia y de fulgor desnuda,
 si perdura un momento,
 tendrá su natural Renacimiento,
 y se hundirá en el polvo. ¿Quién lo duda?

VICENTE NERIA

IDEARIO EXTREMEÑO

El que insano desea—el encumbrado puesto,—goce en buen hora
 su esplendor funesto.—Yo viva humilde, oscuro,—de envidia vil, de
 adulación seguro,—entre el pellico y el honroso arado,—y de fáciles
 bienes abastado,—en salud firme el cuerpo, sana el alma—de pasio-
 nes fatales,—entre otros mis iguales,—en recíproco amor, entre ofi-
 ciosos—consuelos, feliz muera—en venturosa calma,—mi honrada
 probidad dejando al suelo,—sin que otro nombre en rótulos pompo-
 sos—mi losa al tiempo guarde lisonjera.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS